



Aleksandr Dugin

Hablemos del rechazo al Plan Bolonia [Nota del editor: Se trata del proceso de reforma del sistema de educación superior a nivel internacional, que comenzó en 1999 en la Universidad de Bolonia, de la que toma su nombre. Este acuerdo ha permitido establecer un sistema casi unificado de reconocimiento y equivalencia de los títulos académicos.

Muchos Estados europeos se adhieren al Proceso, pero desde hace tres años se ha producido un abandono gradual del convenio]. El punto central es una cuestión de principios. La introducción del Plan Bolonia formaba parte de un proyecto global: la plena integración de Rusia en el mundo global, lo que significa adoptar todas las normas y reglas de Occidente. No se trataba sólo de la educación, sino que ha sido la principal estrategia del gobierno ruso desde 1991. La adaptación de todos los niveles de vida -educación, economía, cultura, ciencia, política, tecnología, moda, arte, educación, deportes, medios de comunicación- a las normas del Occidente moderno era el objetivo principal de todas las reformas. Esto se aplicaba a todo y era el objetivo principal de las autoridades tanto de Yeltsin como de Putin. La aplicación del Plan Bolonia es un elemento infinitesimal de esta estrategia global.

Por supuesto, hubo una diferencia entre los años 90 y los 2000. Con Yeltsin, la plena aceptación de los modelos y normas occidentales iba acompañada de la integración en el mundo global y de la voluntad de sacrificar todo por ello, incluso la soberanía y la independencia. Así, la estandarización fue de la mano de la dessoberanización.

Bajo el mandato de Putin, se proclamó la soberanía como valor supremo, pero la occidentalización y la estandarización continuaron. Al parecer, siguiendo el ejemplo de Pedro el Grande, Putin decidió utilizar la tecnología occidental para fortalecer el país y, en algún momento, apoyándose en estos estándares prestados, dar un duro golpe. El propio Pedro el Grande abrió una ventana a Europa para los cañones rusos. Al mismo tiempo, Pedro el Grande

también rompía la tradición rusa, mientras que Putin consiguió una sociedad en la que la tradición ya estaba rota.

Si se acepta la hipótesis de que Putin seguía una estrategia de copia del sistema occidental en aras de reforzar la soberanía rusa, y no hay otra hipótesis inteligible, con el inicio del OMU llegó la hora de la verdad: era el momento de contraatacar, Occidente, que se había empeinado en arrebatarnos Ucrania engañando e hipnotizando a la población simplona de la Pequeña Rusia, fue golpeado. Una vez más, existe un paralelismo con Pedro el Grande: la batalla de Poltava, que la Rusia moderna persigue obstinadamente desde febrero de 2022. Todo encaja.

Sin embargo, hay una diferencia entre el siglo XVIII y el XXI: la tecnología occidental moderna está inextricablemente ligada a la ideología, la propia tecnología lleva un claro código de globalismo y liberalismo. Ni los bienes ni los objetos son ideológicamente neutros, y mucho menos los métodos educativos y las disciplinas académicas, que la Rusia moderna ha copiado servilmente en los últimos 30 años. Al principio fue una señal de derrota, luego un "plan astuto" para concentrarse y prepararse para un ataque de represalia. Ahora bien, ¿qué hacer con esos elementos, tecnologías e instituciones que Rusia ha copiado de Occidente? No sólo el sistema educativo, sino todo lo demás: la tecnología de la información, las instituciones financieras, los códigos culturales, los mecanismos de mercado, la globalización de la mano de obra y del suministro energético, e incluso la propia democracia, el parlamentarismo, las elecciones, los derechos humanos, es decir, todo...

Tras 30 años de dominio de esta estrategia particular, Rusia no tiene nada, o casi nada, propio. El Plan Bolonia es sólo un síndrome. En este problema, como en un espejo, podemos ver todo lo demás.

Entonces, ¿qué hacer con las normas occidentales en una situación en la que Occidente nos ha echado y tenemos que darle una respuesta civil integral?

Este es, en general, el principal problema actual. Se ha agudizado tanto con el inicio de la operación militar especial y, a su vez, nuestra propia victoria depende directamente de ella. Después de todo, incluso las relaciones con Kiev, con toda su locura desde Maidan 2014, nos remiten a este dilema.

Moscú insiste: estén con nosotros.

Kiev pregunta: ¿hacia dónde vais, porque podemos decidir con vosotros o no con vosotros?

Moscú responde: vamos hacia Occidente, hacia el mundo global, y por eso estamos estandarizando todo. También han introducido el Plan Bolonia.

Kiev protesta: si ustedes van hacia Occidente, nosotros también vamos allí, estamos más cerca, y ahora tendremos el Plan Bolonia.

Moscú empieza a enfadarse: ¡os haremos daño!

Kiev no se rinde y habla de la manteca de cerdo, los "héroes", los viajes sin visado y... Bandera. Todos lo sabemos.

Pero se trata de responder a la razonable pregunta de Kiev: ¿a dónde vais? Si Rusia va a Occidente, todas las demás naciones fraternas son perfectamente capaces de hacerlo por sí mismas, sin necesidad de ello. Es bastante fácil traducir libros de texto y manuales occidentales del inglés o el chino al ucraniano, al kazajo, al tayiko e incluso al checheno o al tártaro. El ruso como idioma intermedio no es en absoluto necesario.

Por eso bajo Yeltsin todo el mundo huía de nosotros, pero también por eso no se precipitan hacia nosotros bajo Putin, porque mientras sigamos en el paradigma todo el mundo quiere ir a Occidente.

Hoy esa consigna se ha derrumbado. Resulta que nosotros mismos no iremos, y Occidente no sólo no nos espera, sino que nos odia ferozmente - de ahí la frenética ola de rusofobia, inaugurada por el SMO. Pero durante 30 años caminamos y dijimos que caminábamos, a nosotros mismos y a los demás, en dirección a Occidente. Ahora la dirección ha quedado clara y los funcionarios del SMO se apresuran a mostrarse como patriotas radicales. Abajo el Plan

Bolonia. Sin embargo, ¿no parece todo demasiado fácil?

En primer lugar, podemos y debemos acabar con el Plan Bolonia (los patriotas llevamos mucho tiempo luchando por ello), pero volver simplemente al modelo soviético no es ninguna solución, de hecho es imposible e inútil. Necesitamos una ideología clara de la educación que corresponda a Rusia como civilización, y como civilización que ha desafiado a Occidente. ¿Quién de los funcionarios del Ministerio de Educación puede pensar siquiera por un momento en cuestiones tan serias? No hay gente así en la naturaleza.

En segundo lugar, el Plan Bolonia se refiere a la forma de la educación, pero no afecta en absoluto al contenido. Volver a las normas especializadas y soviéticas y mantener el contenido liberal de las humanidades básicas es absolutamente absurdo. El sistema de Bolonia fue diseñado para sincronizar el liberalismo y el globalismo del contenido educativo con las formas de aprendizaje y evaluación generalmente aceptadas en Occidente. La educación es el principal instrumento de poder sobre las mentes. No es casualidad que en los últimos 30 años los liberales hayan formado un ejército de educadores como agentes de la influencia liberal. Todas las instituciones educativas rusas, principalmente las universidades, están llenas de ellos. Dirigidos por servicios especiales occidentales y apoyados activamente por fundaciones asociadas a ellos, como en el caso de Soros, pero no sólo, prestaron la mayor atención al contenido, es decir, a los paradigmas ideológicos. Y esto no es una cuestión para los burócratas. Tampoco, me temo, para los checoslovacos, porque ¿cuál fue su educación? ¿Un tipo particular? Sí, se hizo hincapié en el patriotismo, pero ¿quién se ocupó del contenido ideológico? Una vez más, volver a los antiguos cuadros soviéticos no es una opción. Estas personas son a menudo respetables, pero comprenden el nuevo mundo sólo parcialmente, aunque se haya conservado el vector ético. Esto, por desgracia, no es suficiente.

En tercer lugar, incluso si suponemos que las autoridades se dan cuenta de la gravedad del problema de la educación soberana, antes a merced de los agentes liberales, y se preocupan de verdad por ello, ni siquiera entonces el problema puede resolverse sin transformaciones similares en otros ámbitos. ¿Cómo es posible des-liberalizar la educación y al mismo tiempo mantener los estándares liberales occidentales en todas las demás esferas de la vida? El mercado, el capitalismo, la digitalización, la inteligencia artificial, la creencia acrítica en el progreso científico y tecnológico, la robotización, en definitiva, la democracia, el parlamentarismo, la sociedad civil y los derechos humanos son copias de los estándares liberales occidentales y están tan arraigados en la sociedad que la mera idea de tener que erradicarlos horrorizaría a cualquiera que estuviera en el poder, y desde luego no al pueblo (que lo entiende todo de forma más clara y sencilla).

Esto conduce inevitablemente a convulsiones ideológicas. Seguir copiando a Occidente y sus normas, estándares y reglas ya no es posible. Nos hemos desconectado de la actualización y, además, ya se han activado los fallos y parches incorporados a la tecnología para autodestruir y borrar los datos. Confiamos en ello y nos sentimos legítimamente decepcionados. Así que nos precipitamos desesperadamente hacia la sustitución de importaciones, bajo la pretensión de construir un Occidente moderno para nosotros, igualitario pero sin personas LGBT+, o incluso con ellas pero en una versión "patriótica", leal al gobierno.

Rechacemos el maldito sistema occidental de Bolonia e implementemos nuestro propio "Plan ruso de Bolonia", y así en todo. Es una solución muy inteligente. Por supuesto que hay una salida, pero el gobierno debe asegurarse primero de que lo que propone hoy no es una estafa en absoluto. Si no empezamos a pensar de forma soberana, será cuestión de traducir el manual de instrucciones de la aspiradora al eslavo antiguo o de atarle una corbata roja.

Me he convencido de que es completamente inútil e incluso perverso dar consejos a personas que no los necesitan y que, además, están convencidas de que lo saben todo por sí mismas. Por lo tanto, debemos prepararnos para un juego de espejos: rechazo del Plan Bolonia, rechazo del Plan Bolonia, rechazo del Plan Bolonia, y así hasta el siguiente período, para todas las demás sustituciones de importaciones. Cuando este ciclo haya terminado, entonces hablaremos seriamente de las reformas educativas. Y no con cualquiera.